

EL ALABARDERO

Intereses materiales,

Teatros y Salones, Toros, Caza, Regatas, Equitacion, Gimnasia, Esgrima.

TODO POR UN PERRO GRANDE.



Año I.

Sevilla, 19 de Abril de 1879.

Núm. 13.



PRIMERA COGIDA

Y la llevó el público, como era consiguiente, en el orden moral de los cuernos, porque el tiempo lluvioso se encargó de acallar los temores de la Empresa y las quejas y reclamaciones del público, impidiendo tuviese lugar la primera de las corridas anunciadas. Lo sentimos sinceramente por la Empresa, que habrá tenido perjuicios de consideracion.

Mas no por eso el público se ha librado de la primera cogida, y para convencerse de ello basta recordar el anuncio fijado en los sitios de costumbre, en cuyo anuncio se hacía saber, de acuerdo con la Autoridad, que la Empresa, en caso de desgraciarse algun toro, no quedaba obligada á sustituirlo con otro.

¡Vivan mil años la Empresa, la Autoridad y la gracia! Y no piensen los malévolos que damos estos vivas con tono irónico, y que nos atrevemos á pensar que ni la Autoridad ni la Empresa tienen derecho para disponer lo que se les antoje; que de antiguo vienen los refranes de que allá van leyes do quieren reyes, y se juegan toros como quieren moros; cuyo último refran es de nuestra propia invencion y cosecha.

Ya en nuestro número anterior decíamos nosotros los subterfugios de que podria valerse la Empresa, y su conducta posterior ha venido á demostrar que estábamos en lo cierto. Lo que no podia esperarse era que la Autoridad se dejase coger en el pérfido lazo, y facultase á una Empresa, aunque ésta sea la de Sevilla, para que, anunciando la lidia de seis toros, puedan lidiarse solamente cinco, cuatro, tres, dos, uno ó ninguno, por ser posible el caso de que se declare una epidemia bovina y mueran los que estén encerrados para la lidia. Y aun así y todo, nosotros estaríamos conformes con semejante disposicion, si se le agregase esta coleta: «en caso de inutilizarse uno ó más toros, la Empresa devolverá al público la parte de precio correspondiente á los que hayan dejado de lidiarse;» pues aquella disposicion sin esta coleta tiene un nombre feísimo, y el público, con razon, puede llamarse á engaño.

Castigase al carnicero que vende la carne falta de peso; al vendedor ambulante que da media libra por una, y á la Empresa que dé cinco toros por seis se la autoriza debidamente para ello, se la autoriza para faltar á los compromisos contraídos con la publicacion de los carteles, y un contrato en que uno (la Empresa) se obliga á hacer cosas ciertas, determinadas y posibles, mediante el precio señalado que otro (el público) se obliga á satisfacer, se altera, se modifica, se rompe por la sola voluntad de una de las partes.

¿Qué garantía tiene el público, una vez encerrados los toros, y quedando la llave del toril en poder del ganadero, de que éste no ponga en juego algunas artes para inutilizar tal ó cual toro que no le merezca confianza, mucho más, teniéndose en cuenta que con la inutilizacion gana la Empresa, pues ella cobra lo mismo, y ademas puede vender en tabla alta la carne del toro inutilizado, mientras que la del que se lidió sólo puede venderse en tabla baja?

Para evitar estas y otras cosas, deberian estamparse en los carteles los nombres, edades y reseñas de los seis toros que han de jugarse, como ántes se hacía y aun hoy se hace en algunas localidades, y el público podria acudir á Tablada y ver los toros que verdaderamente habian de lidiarse. En el mismo sitio estaria separado el toro de reserva.

El gran argumento contra el toro de reserva es que el público se empeñaria en que tambien se lidiase aunque ninguno se hubiera inutilizado, produciendo el consiguiente escándalo. En primer lugar, mayor escándalo produce que deje de lidiarse uno de los anunciados, y en segundo, para eso está la Autoridad, para impedirlo; y así como algunos han visitado la casilla por fumar en los teatros, otros tambien podrian visitarla por escandalizar en la plaza de toros. Porque así como es injusto á todas luces que la Empresa no cumpla aquello á que se obliga, tambien el público sería injusto y digno de censura si, cumpliendo ella lo prometido, tuviese indebidas exigencias.

Para que todo sea extraordinario en la presente temporada de cuernos, la Comision de toril no presencié la prueba de caballos para la primera corrida anunciada, ni tuvieron lugar las formalidades que para tan importantes casos previenen las Ordenanzas municipales. Verdad es que la Comision sabria por algun conducto, tan desconocido como cierto, que la corrida no habia de verificarse, y no quiso tomarse trabajos inútiles; por lo cual no merece censuras, y ántes bien es digna de especial admiracion por su sabihonda astronomía. No encargáramos nosotros, en vista de esto, á distintas personas, la confeccion del almanaque para 1880.

Hemos visto que nuestros colegas, los que empezaron la campaña taurina, están descansando de las fatigas pasadas. Sin duda será para cobrar mayores bríos y arremeter con nuevo empuje contra los abusos introducidos en el espectáculo español por excelencia. Esto creemos, y no lo que algunos propalan malévolamente.

Resultado: que la Empresa ha tomado algunos berrenchines con la oposicion de la prensa; que ésta

seguirá clamando en un desierto, y los abusos erre que erre; que el público recogió los cuartos y los soltó la Empresa, y que los únicos felices han sido los toros, que han vuelto á la apacible soledad de sus campos, á pastar la sabrosa yerba primaveral y á espantarse las moscas con el rabo y los cuernos: se estremecerán de alegría al considerar el peligro de que han escapado, y con el insinuante, gracioso y elocuente lenguaje de sus mugidos se dirán los unos á los otros, guiñándose el ojo y echándose en la yerba:

—¡Quién pudiera llegar á buey!

Cosa á que llegan muchos seres racionales sin deseirlo.

REVISTA

SAN FERNANDO

Con una extraordinaria concurrencia dió principio á sus funciones el domingo 13 la compañía de ópera italiana que dirige el célebre maestro D. Mariano Vazquez, poniéndose en escena la preciosa ópera del maestro Bellini *I Puritani*, haciendo su debut la Sra. Volpini y los Sres. Marin, Pandolfini y Ordinas. La ejecución de esta obra dejó mucho que desear. En primer lugar, el Sr. Marin, en su salida en el cuarteto que empieza *ja te o cara amor Talora!* no estuvo nada feliz, y cantó con desacierto y sin maestría, del mismo modo que en el aria del tercer acto, que dijo de una manera que habla muy poco en favor de su fama artística. En el duo del mismo acto estuvo desconcertado y desafinado, atacando las notas sin acierto, apesar de sus buenas facultades, pues posee una voz potente y agradable.

Mostró sus escasos recursos como cantante; y en los momentos en que el talento del artista es más necesario que la voz, nos hizo ver que le sobraba ésta, pero que le faltaba aquélla. Igualmente decimos del Sr. Ordinas, el cual posee una voz de poder, bien timbrada, pero que *non canta nulla*; así lo demostró en toda la obra.

El Sr. Pandolfini, además de poseer una voz agradable y de bastante volumen, aunque algo trábajadilla, es un artista de mérito y canta con un gusto delicadísimo, sabiendo sacar partido hasta de los menores detalles, y mereció con justicia los nutridísimos aplausos del público. Esto probará á los Sres. Marin y Ordinas que no sólo con tener voz se canta, pues el cantar lo todo á fuerza de dar notas sin modulaciones ni expresión, es, más que escuela de canto, escuela de *serenos*.

La Sra. Volpini es una artista de reconocido mérito, y dijo su parte con maestría, sobresaliendo en el aria que tiene en el segundo acto, la que cantó con especialísimo gusto, siendo llamada á la escena repetidas veces entre salvas de prolongados aplausos.

En totalidad: la Sra. Volpini y el Sr. Pandolfini, bien, muy bien. El Sr. Marin nos hizo ver que tiene voz, y nada más. El Sr. Ordinas, idem de lienzo. La orquesta, dirigida por el señor Vazquez, bien. Los coros, como pocas veces los hemos oído.

La ópera del maestro Donizzetti, *Poliuto*, fué la segunda obra. Su ejecución fué admirable. En ella hacían su debut la Sra. Borghi-Mamo y los Sres. Arámburu y Visconti; *per Bacol* esto sí que fué cantar. No dirán que EL ALABARDERO no sabe hacer justicia.

Hablemos del Sr. Arámburu, que hizo el protagonista. Este señor tiene una voz potente, bien timbrada, agradable y fácil; dice con gusto y afinación, y sabe sentir lo que canta: desempeñó su cometido como un valiente, y hubo momentos en que arrebató al público y á la alabarda, como en el *Credo* (en el segundo acto) y en el duo final *jal suon del arpe angelica!* valiéndole justos y nutridos aplausos y teniendo que repetir el primero.

En cuanto á la Sra. Borghi-Mamo no tenemos frases suficientemente expresivas para demostrar lo inimitable que estuvo en toda la obra, y principalmente en su aria del primer acto y el duo final con el Sr. Arámburu: en ambas piezas demostró tener una escuela de canto inmejorable, una voz de un timbre agradable y un corazón de fuego, diciendo hasta el más insignificante recitado con expresión sublime. El público pagó sus esfuerzos con una verdadera ovación, y haciéndole repetir en unión del Sr. Arámburu el duo final.

Los Sres. Pandolfini y Visconti contribuyeron en gran parte al buen desempeño de la obra.

No fué así en totalidad el desempeño de la ópera *Lucia*, donde el Sr. Marin nos hizo ver una vez más que no sabe cantar, y estuvo peor que en su debut. Aún abrigábamos algunas esperanzas de oírle algo bueno, cuando las perdimos en el aria final, pieza delicadísima, donde el autor ha invertido un raudal de sentimientos, mal interpretados por el Sr. Marin; y para peor hacerlo, hasta el recitado lo dijo de una manera fatal, así como el andante y *allegro*.

Lo que no sabemos es en qué Conservatorio habrá aprendido el Sr. Marin á cortar las notas de efecto y á dividir los alientos. Le aconsejamos que se enmiende y estudie, si aún es tiempo.

La Sra. Volpini estuvo, como siempre, á una buena altura.

El Sr. Verger mereció justos aplausos en la cavatina del primer acto, y en el duo del segundo con la Sra. Volpini. El Sr. Verger posee una voz, aunque de no mucho volumen ni extensión, de un timbre muy agradable, y prueba que es un artista consumado y que sabe vocalizar admirablemente. Esperamos oírle en otra obra, en donde nos demuestre todas sus buenas facultades.

El Sr. Visconti dijo su parte muy en conciencia, y sobresalió en el aria coreada del acto final, mereciendo justos aplausos.

Sentimos no haber oído á este artista en una obra de más importancia, pues estamos seguros de que reúne, además de una voz de agradable timbre y extensión bastante, una buena escuela de canto. Frasea admirablemente, y en su insignificante papel, pocas veces ó ninguna aplaudido en este teatro, consiguió los aplausos del público.

En resumen: la compañía, salvos los defectos ya indicados, es de lo mejor que hemos oído en este coliseo; y en todas las obras ha demostrado el Sr. Vazquez una acertada dirección, del mismo modo que el maestro de coros, que ha conseguido presentarlos como pocas veces hemos oído.

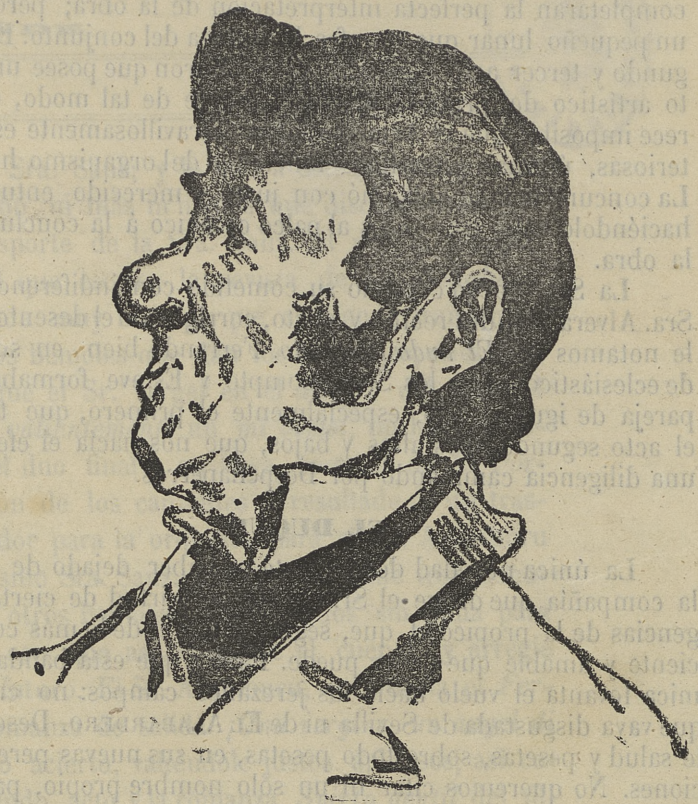
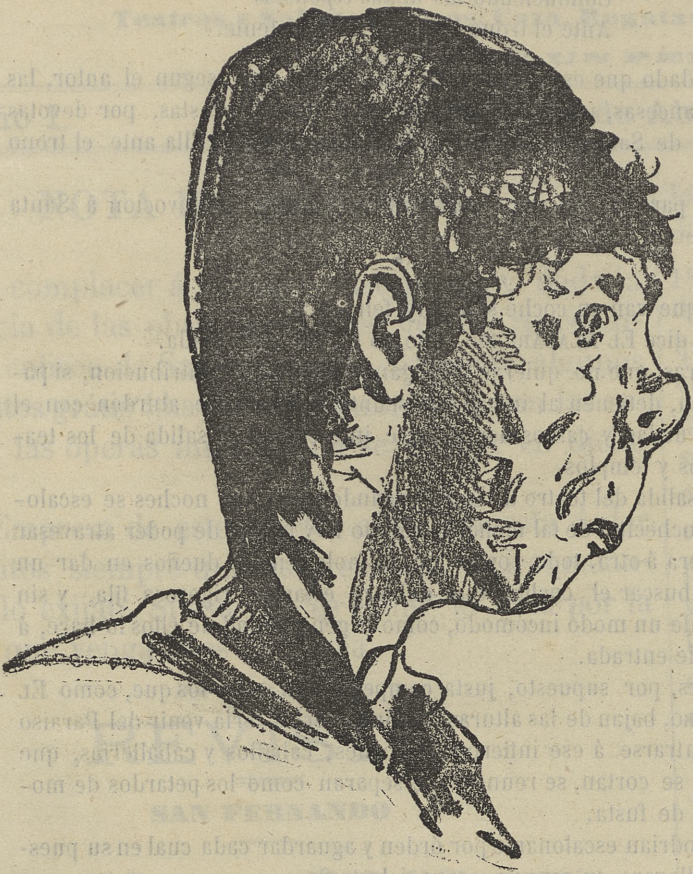
CERVANTES

Este cadáver se galvanizó un poco, se vistió de limpio y se dispuso á demostrar que todavía puede hacer pininos, y que antes de convertirse el edificio en casa de vecindad ha de apurar el cáliz hasta las heces. Toda esta metáfora quiere decir que el primer actor D. Leopoldo Buron y su compañía han animado aquel desierto escenario y que el público no ha animado las desiertas localidades. No se explica ni se comprende tan glacial indiferencia en un país donde todos nacen poetas y artistas, y tratándose de un actor como el Sr. Buron, hijo de Sevilla, si no estamos equivocados, y que goza de justa y merecida fama, figurando ya entre los pocos primeros actores que nos quedan. Es de esperar, sin embargo, que el público acuda en mayor número así que se vaya convenciendo de que el Sr. Buron merece ser visto.

El nudo gordiano fué la obra escogida para el estreno de la compañía. El Sr. Buron, que hizo el acto primero perfectamente, nos desagradó en los otros dos, pues ni las pasiones del protagonista pueden ni deben expresarse con aquella fría naturalidad de que tanto alardea el actor, ni tienen razón de ser las frecuentísimas transiciones de que abusa. El deseo de evitar los escollos de la antigua escuela de declamación le hace incurrir en los vicios de la escuela moderna, en que aquella naturalidad grave y verdadera que inició Romea conviértese, muchas veces, en trivialidad y frivolidad. Ni tanto, ni tan poco. Expresar las pasiones más violentas con tono mesurado y correcta figura, es enteramente contrario á la verdad, á no ser entre chinos ó entre ingleses. No obstante, el Sr. Buron tuvo momentos felicísimos, en los que fué aplaudido justamente.

La Sra. Baena hizo lo que pudo, que no fué mucho, y la Sra. Alverá siguió en un todo las huellas de la primera actriz. —Nos agradó por su discreción y buen sentido el Sr. Ferrando, siendo tanto más de notar, cuanto que desempeña los papeles de *barba*, y sabido es que los *barbas* casi siempre suelen serlo con *ros*. El Sr. Compte nos recordó las mocedades enigmáticas de Pastrana, y el Sr. Esteve nos demostró hasta dónde llegan los caprichos de una mujer empeñada en enamorarse de alguien, sea quien sea.

La comedia *Contra viento y marea* alcanzó regular ejecución. La primera actriz, en algunas escenas, hizo el drama en vez de la comedia; pero váyase lo uno por lo otro, pues otra vez nos hará la comedia en el drama, y quedaremos en paz.—La Sra. Alverá estuvo perfectamente en caja, y merece nuestros aplausos, que sentimos no alcancen á la interesante



Y se vió invadida la capital por gran número de notabilidades, así españolas como extranjeras.

viuda.—El Sr. Buron careció de la vivacidad que su papel requiere; lo *aplomó* demasiado y resultaba en contradicción con el tipo diseñado por el autor; pero, sin embargo, sostuvo las escenas del acto segundo con mucha naturalidad y sintió verdaderamente los efectos del ópio.—Compte fué un marido aceptable, y el Sr. Gonzalez un gallego que se conocia no habia dado la vuelta por la tierra en mucho tiempo.

Siguió *La muerte civil*. ¡Bravo, Sr. Buron! Lástima que las transiciones y poca energía y rudeza del primer acto no completaran la perfecta interpretación de la obra; pero eso es un pequeño lunar que no afea la belleza del conjunto. En el segundo y tercer acto demostró el Sr. Buron que posee un talento artístico de primera fuerza, y muere de tal modo, que parece imposible que el Arte imite tan maravillosamente esas misteriosas, últimas y terribles funciones del organismo humano. La concurrencia le aplaudió con justo y merecido entusiasmo, haciéndole salir tres veces al palco escénico á la conclusion de la obra.

La Sra. Baena cumplió su cometido con indiferencia, y la Sra. Alverá con discrecion y gusto, corrigiendo el desentono que le notamos en *El nudo gordiano*. Ferrando bien en su papel de eclesiástico; pero los Sres. Compte y Esteve formaban una pareja de igual precio; especialmente el primero, que tuvo en el acto segundo tales altos y bajos, que nos hacía el efecto de una diligencia caminando por Despeñaperros.

EL DUQUE

La única novedad del *modesto* es haber dejado de actuar la compañía que dirige el Sr. Galvan, en virtud de ciertas exigencias de la propiedad, que, segun dicen, es de lo más complaciente y amable que darse puede. Parece que esta bandada cómica levanta el vuelo hácia los jerezanos campos: no creemos que vaya disgustada de Sevilla ni de EL ALABARDERO. Deseámosle salud y pesetas, sobre todo pesetas, en sus nuevas peregrinaciones. No queremos citar ni un solo nombre propio, para no amenguar la solemnidad de la despedida.

La farándula se marcha,
Ya empieza á moverse el tren...
¡Ojos que la miran ir
Y que la verán volver!

Perdónesenos este desahogo poético, que sólo reza con algunos de nuestros protegidos.

ALABARDAZOS

En el restaurant antiguo de la Campana han cobrado á un parroquiano seis reales por un vaso que se quebró.

¡Seis reales por un vaso!
Yo por igual cantidad
Llevo tres vasos lo ménos,
Y me guardo la mitad.

La policía de Sevilla acaba de prestar un gran servicio recuperando gran cantidad de relojes y cadenas que fueron robados, há poco tiempo, en un establecimiento de Granada.

Lo que debe aplaudirse se aplaude.

Suele durar en Cervantes
Una hora cada entreacto,
Y habrá que llevar la cama
Si no tratan de enmendarlo.

Hemos recibido por el correo interior un ovillo que, por su carácter político, no nos es lícito insertar.

Sirva esto de satisfaccion á su autor.

Nuestro artículo sobre la *originalidad* del Sr. Campoamor ha convencido á todo el mundo, porque hasta ahora nadie ha chistado. ¡No hay como tener razon!

Á *La Verdad*, de Cádiz, le ha parecido sosa la lámina alabardeasca que representaba un establecimiento de aquella capital. Y se comprende; como allí está la mar, calculen ustedes la sal que hay.

En cambio ha parecido bien y muy graciosa á *El Clamor de Cádiz*. Váyase lo uno por lo otro.

Pero la verdad es que *La Verdad* tiene sus razones para mostrarse disgustada, porque su carácter de órgano *complaciente* de algunos concejales gaditanos, le obliga á decir que son blancas las hormigas.

Y ahora vamos á decir otra cosita, á ver si le hacemos gracia á *La Verdad*.

En el número 108 publica el colega gaditano una oda á Santa Teresa de Jesus, cuyo autor no diremos, y cuya última estrofa es como sigue:

«Porque al alzar la frente
Te contemplo entre blancas aureolas,
Serena y sonriente,
Conduciendo las *almas españolas*
Ante el trono de Dios Omnipotente.»

¡Cuidado que es exclusivismo! De modo que, segun el autor, las almas francesas, portuguesas, italianas y de otras castas, por devotas que sean de Santa Teresa, no serán conducidas por Ella ante el trono de Dios.

Nos parece que esto va á menguar mucho la devocion á Santa Teresa.

* * *

Los que van en coche son muy felices.

Esto dice EL ALABARDERO, que no es plaza montada.

Quieras que no quieras, y pagando muy poca contribucion, si pagan alguna, detienen al infeliz transeunte pedestre, le aturden con el ruido de ruedas y cascos herrados, é interceptan la salida de los teatros, circos y templos.

Á la salida del teatro de San Fernando todas las noches se escalonan los cochecitos de tal manera, que no hay forma de poder atravesar de una acera á otra, todo porque no se molesten sus dueños en dar un paseito á buscar el coche, que debiera estar en rigurosa fila, y sin acercarse de un modo incómodo, como la generalidad de ellos lo hace, á la puerta de entrada.

Esto es, por supuesto, justa compensacion para los que, como EL ALABARDERO, bajan de las alturas; pedir gollerías sería venir del Paraiso y no encontrarse á ese infierno de coches, caballos y caballerías, que se cruzan, se cortan, se reunen y se separan como los petardos de moda á golpe de fusta.

¿No podrian escalonarse por órden y aguardar cada cual en su puesto á que llegara su convoy, carga ó lastre?

¡Hombre, sí, ¡que se escalonen, que se escalonen!

EL ALABARDERO



TEATRO DE CERVANTES

FUNCION PARA HOY 19 DE ABRIL DE 1879

La tragedia en tres actos

EL PRINCIPE HAMLET

La comedia

ENMENDAR LA PLANA A DIOS

Á las ocho y media.